

Reseña: Lamas, M. (2021). Dolor y política. Sentir, pensar y hablar desde el feminismo. Océano, 263 pp.

 Gerardo Contreras¹

El hacer y vivir lo político como feministas implica discutir el trabajo a nivel personal, aunque tratamos de cumplir con el estándar de objetividad. La célebre frase “lo personal es político” sigue vigente. Así pues, la crítica a nuestro activismo conlleva a reflexionar cómo y dónde una encarna los ideales del feminismo en el cuerpo, en la intimidad y en las relaciones afectivas con otras personas. También implica posicionarnos vulnerables frente a un diálogo que resulta penoso. Nos incomoda escuchar que alguien juzgue la forma de protestar, se queje de nuestra organización o nos explique cómo se hacía “antes” en comparación de “ahora”. Aquella incomodidad es lo que he experimentado a lo largo de tres años de leer, pensar y escribir sobre el libro *Dolor y Política. Sentir, pensar y hablar desde el feminismo* de Marta Lamas.

Escuché por primera vez del libro de Lamas en una entrevista suya en el canal de noticias mexicano *Milenio*. Me acuerdo de la sensación de desagrado y entender que ella juzgaba duramente a la nueva generación de feministas que tomábamos las calles. Mi conclusión provenía, más de sus palabras, de un contexto de cierre en contra de Marta Lamas por algunas corrientes del movimiento feminista que consideraban que sus discursos deslegitimaban la lucha actual y eran potencialmente capitalizados por grupos conversadores.

En la primera oportunidad compré el libro. Necesitaba argumentos para entender que explicaba la autora y, si fuera necesario, refutarla. Sin embargo, la tarea de entender las páginas de este libro y sentarme a escribir las presentes palabras fue un reto que no esperaba.

Mi reflexión sobre el libro y la práctica de plasmar mis conclusiones resultó en un ejercicio íntimo de dos años que me arrojó a cuestionar mi propia militancia feminista. También implicó

¹ Investigador independiente. Email: geras.cr18.1997@gmail.com

reconocerme y habitar cuando Marta Lamas escribe sobre las “jóvenes feministas”. En una experiencia casi metafísica, me relacioné con las hojas de este libro como lectora y, a la vez, como sujeto de estudio. Ahora, en este texto, me transformo en lectora-sujeto-crítica de *Dolor y Política*.

Reconociendo esta triple condición, comparto esta reseña como una respuesta incompleta a Marta Lamas. Si ella se pregunta sobre cuál es la comprensión política del mandato feminista que apela a la herida, yo busco reaccionar sobre qué implica hacernos esta pregunta. Si la autora retoma la experiencia y debates que ha recolectado por más de medio siglo para analizar qué le pasa al movimiento feminista, yo expongo los propios dilemas y preocupaciones que las militantes jóvenes reconocemos sobre nosotras, con menos de una década de experiencia y a paso torpes.

Inspirada en la estructura de Lamas, debo partir la reseña crítica señalando mi posición situada. Soy una feminista mexicana joven, de aquellas que formamos la “cuarta ola”, que inició su militancia en el entorno académico y gestionando —con pocas herramientas de movilización y planificación— grupos de sensibilización entre estudiantes, inspirados en la práctica de *consciousness-raising groups* (MacKinnon, 1982). Pero mi trayectoria dentro del feminismo es ambivalente, con alegrías y penas.

Reconozco que mi experiencia de clase —que me facilitó una educación superior en una institución catalogada como “élite”— conllevó a que mi relación con el movimiento iniciará a través del ala institucional, con roles de trabajo de practicante en asociaciones civiles y asesora técnica en colectivas. Todas estas posiciones me ubican como un productor de conocimiento legítimo y un sujeto mayoritariamente beneficiado en las relaciones de poder. Sin embargo, he tenido desencuentros con el feminismo debido a mi identidad de género. Mi devenir de hombre gay a persona queer no-binaria ha sido razón para experimentar discriminación por parte de grupos feministas, desde actos de desacreditación hasta la exclusión de procesos organizativos. En ocasiones, me he sentido desolada y enojada por el contexto actual de discursos anti-derechos

y trans-excluyentes dentro del movimiento feminista (Guerrero Mc Manus y Stone Neuhouser, 2023).

Ahora bien, salí a marchar por primera vez hasta 2016, en la conocida “primavera violeta” (Motte, 2016), con un claro sentimiento de frustración y desesperanza ante las violencias machistas. A pesar de que he asistido a diversas marchas e incluso he colaborado en procesos de investigación sobre el derecho a la protesta, nunca he sido responsable de su gestión. Soy una de las miles de personas que marchamos por convicción y emoción, pero que apenas comienza a entrever los impactos políticos que resultan de estas manifestaciones.

El libro surge del interés de Marta Lamas (2021) por “comprender adecuadamente lo que está pasando” (p. 54) en las prácticas políticas de las generaciones recientes de feministas que están basadas en la ira y el descontento, a lo que ella engloba como “vocabulario de la rabia”. Para encontrar una respuesta, la autora, primero, traza un análisis del contexto en qué ocurre y se gestan dichas demostraciones del movimiento social (capítulos 1 y 2) y, segundo, explica algunas propuestas que se han generado dentro de la teoría feminista para entender el carácter político de las emociones (capítulo 3). Luego, describe cómo se han construido ciertas identidades dentro del movimiento, generando una lógica de exclusión (capítulo 4). Posteriormente, Lamas comparte algunas anécdotas para ejemplificar algunas formas en cómo la rabia se ha codificado en el movimiento feminista y, en consecuencia, ha anulado el diálogo en su interior (capítulo 5). En el último capítulo, la autora hace una suerte de propuesta para reivindicar una práctica política feminista desde la no violencia.

Con este orden, la autora expone en su primer capítulo que el libro se origina a partir de la “inquietud” sobre en qué se está transformando el feminismo debido a la tendencia cada vez mayor de encauzar la acción política en términos de los afectos, particularmente de la rabia. Ella reconoce que el dolor y la rabia han politizado a miles de mujeres jóvenes pero, desde una postura feminista de izquierda, sostiene que han resultado contraproducentes y generado tensiones que imposibilitan el debate público al interior del movimiento social. En este sentido,

resulta valioso su aclaración del carácter político de las emociones y que, más de ser un estado psicológico, son prácticas sociales.

Su introducción también es un apartado metodológico del libro. En éste, Lamas reconoce que como académica y activista feminista tiene el interés afectivo de que su publicación, en lugar de ser un producto para la academia, sea un medio para abrir el debate y motivar los ejercicios de deliberación dentro del movimiento feminista. De igual manera, ella enuncia a las personas y los espacios —en su mayoría, organizaciones de la sociedad civil que cofundó—que contribuyeron a los aprendizajes y argumentos que expone en los siguientes capítulos, así como el proceso de elaboración y edición. Este acto de enunciar los agradecimientos dentro del capitulo y como parte de su método, en lugar de hacerlo en un apartado al final del libro, demuestra la relevancia que tiene la propia subjetividad de la autora para el libro; ello tomará relevancia en el quinto capítulo.

En el segundo capítulo, Lamas explica cómo la doctrina neoliberal ha modificado las subjetividades, con lo que se ha ofrecido una versión de cómo ser feminista que está insertada dentro de las lógicas imperantes de poder. Este proceso ocurre a la par que el movimiento feminista gana popularidad y toma uso de la *confidence culture* (p. 34); es decir, reivindicándose desde la construcción de un lenguaje propio y confrontativo. La presencia de estas prácticas políticas establecidas en el orden neoliberal se combina con un “impulso antisistema” (p. 34) para catalizar una serie de manifestaciones públicas en contra de la violencia de género y que empiezan a estar construidas con base en la ira, como las variaciones del #MeToo, el 26A de 2016, las huelgas en la UNAM por el feminicidio de Lesvy Berlín Osorio, las marchas y “destrozos” de 2019 en la Ciudad de México y la multitudinaria marcha del 8M en 2020.

Aunque no está explícito en el texto, introducir las distintas manifestaciones a partir de la idea de la *confidence culture* es una estrategia para ir argumentando la desarticulación entre las distintas generaciones del movimiento feminista, e incluso el rechazo por los aprendizajes y voces del pasado. Éste es el primer polo a tierra que me enfrento en el libro. Acepto que las

activistas de esta reciente generación efectivamente utilizamos un discurso en el que el feminismo comienza a partir de nosotras, aplanando el pasado -incluido avances de activistas y lideresas- como un momento generalizable de machismo. Con este lenguaje propio, hemos perdido el traspase de aprendizajes y saberes porque, como se dice de broma, “creemos que el feminismo inició con nosotras”.

Ahora bien, Marta Lamas prosigue en el tercer capítulo analizado sobre qué implica hablar y pensar la política en términos de dolor e ira. Ella reconoce que las jóvenes han encontrado en la exhibición de dichas emociones “una válvula de escape” y ha traído a que más mujeres se reivindicquen en el feminismo (p. 67 y 71). También recuerda que la práctica desde el enojo se remonta hasta las luchas de las sufragistas y que ha motivado a entender ciertas expresiones de violencia, que se podrían observar como delincuencia juvenil, son ejercicio de autodefensa feminista. En este sentido, Lamas retoma los argumentos de Martha Nussbaum (2016) para explicar qué la rabia, o ira (utilizado a lo largo del libro como sinónimo), es una herramienta peligrosa de protesta e impotencia que se ha codificado por el género (Lamas, 2021, pp. 80-82). Así, la rabia femenina es algo inapropiado y reprochable, una pieza restringida para ellas.

Entonces, ¿la rabia es apropiada? Marta Lamas trae a la mesa las reflexiones de Ania Srinivasan (2018) para mostrar que “estar rabiosas”, a pesar de su motivación u objetivo, es una práctica condenada por no ser razonable, productiva o apropiada (a lo que se conoce como *injusticia afectiva*) (p. 85). Esta idea es central, pues ilustra que los discursos que limitan a la rabia como un acto contraproducente yacen de un ejercicio de control patriarcal. Así, la autora cierra la mitad del libro proponiendo la necesidad de posicionar la rabia desde una perspectiva feminista a la par de entender “los *daños colaterales* que resultan de las acciones violentas” (p. 88).

En mi calidad de lectora-sujeto-crítica, identifico lo anterior como el punto central del libro. Leer este análisis me obliga a interrogarme en qué momentos me he enojado y darme cuenta de la cantidad de ocasiones que he marchado para liberar la ira que se acumula, en lugar de una

estrategia política. Sus palabras también me ayuda a reconocer cómo nos hemos hermanado al encontrarnos en la ira, lo que ha permitido crear nuevas redes y retomar, de manera imperfecta, la práctica tradicional de los círculos de conciencia. Pero, sobre todo, Lamas me confronta para cuestionarme cuáles son los daños colaterales de mi activismo. ¿Cuántas oportunidades de construir coaliciones he perdido? ¿Cómo nuestros coros han sido utilizados por la derecha para promover el pánico moral? Más importante, ¿nuestros cantos han sido capaces de llegar a las compañeras y compañeros que todavía no asumen una posición política?

Lamas continúa en el cuarto capítulo con la pregunta de por qué no podemos debatir dentro del feminismo, a la que ella relaciona con la forma en cómo se ha construido la identidad feminista en la actualidad. La autora reconoce que una parte importante del feminismo parte de una política identitaria que pone en el centro a la lucha de las mujeres, pero que dicha estrategia esencializa y generaliza la experiencia ser mujer. Esto ha decantado en diversos problemas, desde la reivindicación de una mística femenina hasta la legitimación de posturas transexcluyentes dentro del movimiento, que se engloban en lo que Lamas denomina como “fronteras identitarias” (p. 109). Dichas fronteras son, de acuerdo con ella, lógicas de inclusión-exclusión dentro del feminismo para diferenciar de quienes comparten posturas similares (*nosotras*) de aquellas que tienen, o así se percibe, un pensamiento contrario (*otras*). En otras palabras, una suerte de “feministómetro” y pensamiento sectario que anula las oportunidades de disenter y debatir dentro del movimiento.

En el libro, Marta Lamas señalar que *ser* feminista se ha enraizado en la subjetividad de las mujeres jóvenes, lo que provoca que se entienda dicha posición política en el marco de las emociones individuales. Ello explica en parte por qué no se puede mantener diálogos, pues toda crítica se vuelve una disputa afectiva en contra de la identidad propia de las interlocutoras. Incluso, Lamas agrega que los debates se vuelve “rivalidades que no se pueden sostener con argumentos sólidos” (p. 108). Este apartado se ejemplifica con mi propia reacción al introducirme

por primera vez con el libro, cuando asumí que *Dolor y Política* cuestionaba mi experiencia y militancia.

La autora utiliza el debate entre feministas “autónomas” e “institucionales”, o mejor conocido como la ONGización del feminismo a finales del siglo XX, como ejemplo de dichas fronteras identitarias que imposibilita las coaliciones y la negociación. Lamas relata esta historia como un cisma ocurrido por un grupo de activistas y teóricas que tenían una posición purista sobre qué significaba ser feminista, en cuya definición no cabía la colaboración con instituciones (pp. 111-114). La elección de contar esta historia como narradora externa, a pesar de ser una de las referentes de la posición “institucional”, y no hacer referencia directa en el texto de alguna “autónoma” es interesante porque demuestra la resistencia de la propia autora para describir su experiencia afectiva e identitaria. Esta falencia en el análisis de Marta Lamas es más clara a continuación.

En el penúltimo y quinto capítulo, Lamas expone casos en donde las conversaciones teóricas y políticas se han mezclado con emociones y no existido posibilidades de establecer espacios deliberativos. Primero lo hace revisitando la llamada “guerras en torno a la sexualidad”, en las que se disputa la posición del feminismo frente al trabajo sexual, y, posteriormente, con sus “incidentes” que ella ha tenido en la última década. No obstante, sus relatos sobre los desencuentros que la autora ha tenido con el movimiento feminista muestran las deficiencias que tiene el texto sobre describir y pensar en las emociones.

Marta Lamas describe los conflictos que ha tenido por su postura frente al trabajo sexual, su libro *Acoso ¿Denuncia legítima o revictimización?* y el coloquio en el que invita solamente a hombres para dialogar sobre feminismo. La serie de momentos son clasificados como escenas de antagonismo que se concretan en insultos y descalificaciones personales, clasificados por la autora como actos de evidente furia. Por ejemplo, se relata que la oposición al coloquio *Marta en diálogo con XY* fue un “alboroto” por jóvenes enojadas hacia un evento al que no comprendían

su objetivo, malinterpretando las posturas de Lamas y aprovechando hacer ataques hacia ella (p. 142).

Sin embargo, ninguno de los hechos descritos son claros en explicar su carácter emocional. Los sucesos son clasificados como alboroto o escándalo basados en la furia, pero el recuento es insuficiente para demostrar a la lectora que hubo esta emoción. Tampoco hay evidencia de porqué los reclamos, en su mayoría realizados a través de redes sociales o en comunicados escritos, tienen este valor sentimental. Trato de recordar esta discusión y me quedan dudas si la crítica en contra de Lamas fue una movilización de ira colectiva o, más bien, un tema de conversación exponenciado por el efecto viral de las redes sociales (Nahon y Hemsley, 2012). No estoy segura de que las personas hayan estado fúricas o solamente inconformes teniendo que ajustar su crítica a los 280 caracteres.

Esta forma de narrar es injusta porque implica que toda palabra o párrafo que se pueda interpretar como “estar enojada” es igual, aunque tenga origen y modalidades de expresión diametralmente distintos. Parece que el vocabulario de la rabia está aglomerado y homogenizado. Es decir, Marta Lamas asemeja la ira que moviliza a jóvenes a marchar y hacer actos de desobediencia civil con posibles indignaciones que se materializan en publicaciones digitales. Si bien ambas escenas utilizan el vocabulario de la rabia, su orientación es distinta en cada caso. Las jóvenes que tomamos las calles lo hacemos como un acto de proyectar una emoción de ira por la muerte sistemática de mujeres que se acumula a lo largo del tiempo, mientras que las publicaciones que hacemos en redes sociales es un acto de digerir, de manera instantánea, los afectos que nos genera una noticia.

Incluso, estos vacíos me lleva a interrogar si Marta Lamas diferencia entre emociones y afectos. ¿Qué es la ira narrada en el libro? En momentos, esta ira es una reacción primaria ante una situación, como la de las mujeres cuando experimentan o conocen un hecho de violencia, pero en otros momentos es una emoción que ha sido focalizada y orientada hacia un objeto.

Se abre la posibilidad de que Lamas sintió dichos actos como ira y que, desde su experiencia, se asemejan a otras demostraciones en el espacio público. Sin embargo, la confusión recae en el hecho de que el texto carece de una escritura desde las emociones, a pesar de que su objetivo sea hablar de ellas. Esto es, en primer lugar, porque no se agrega algún tipo de evidencia que dé pistas sobre la naturaleza o intención de las críticas en contra la autora. Segundo, y más importante, Marta Lamas nunca expone su sentir a lo largo del libro. Ella escribe como una narradora externa, a pesar de ser quien vivió los incidentes, enfrentó las críticas y sufrió los insultos. Los hechos son presentados en un supuesto de objetividad y sin dejar algún rastro de emociones. En ningún momento sabemos de su enojo, tristeza o dolor. ¿Lamas sintió en algún momento ira o desprecio en contra de sus opositoras? O, ¿sintió una mezcla de tristeza o, tal vez, alegría al saber de los escándalos?

Sin una exposición de las emociones detrás de las críticas y, sobre todo, del propio sentir de Lamas (2021) resulta difícil atestiguar que la imposibilidad de “sentarnos a debatir entre nosotras” (p. 147) sea por la política basada en la rabia feminista.

La inexistencia de una escritura desde las emociones en un libro sobre emociones de un movimiento político es un acto de injusticia afectiva. Se construye una relación desigual entre las jóvenes, quien somos sujetos de estudio en el texto y funcionamos con base a las emociones, y la autora, quien puede fiscalizar y clasificar el sentir de las primeras. Ella es la narradora y nosotras los seres sintientes de quien escribe.

Incluso, la injusticia afectiva también recae en el hecho de sobrerrepresentar el impacto de las emociones sobre la militancia feminista y no revelar las transformaciones políticas y económicas en el neoliberalismo que han minado los movimientos sociales. Así pues, el orden neoliberal no sólo modificó la subjetividad, sino que alteró el horizonte de posibilidades para hacer y vivir la política al cerrar espacios cívicos, perseguir la disidencia política e instaurar lógicas anti-democráticas (Hardt y Negri, 2000; Brown, 2019). Muchas de nosotras hemos (mal)aprendido a resistir y ser feministas en este contexto.

Sin embargo, las razones anteriores no me hace desechar el libro. Las preguntas alrededor de la presencia de la rabia en los “incidentes” es un pendiente de la propia autora para reflexionar de su vivencia (a lo que ella llama “inversión psíquica” (Lamas, 2021, p. 146)), pero no reduce el valor analítico de sus primeros capítulos. También una lectura contextual requiere reconocer que la injusticia afectiva del libro no es intencional, sino que se puede atribuir a las limitaciones de Lamas para integrar las herramientas de etnografía evocativa, autoetnografía y otras propuestas de la academia de las emociones (*affective scholarship*).

Concuerdo con Lamas que esta generación reciente de feministas estamos dedicando a movilizarnos a partir de las emociones y no prestamos suficiente atención en las acciones políticas, desde armar un pliego petitorio hasta definir la estrategia para formar alianzas. También que existe una lógica de exclusión que nos hace que muchas vivamos con el miedo de no cumplir con las expectativas de ser feministas y juzguen nuestras posturas teóricas o relaciones personales. A veces yo me pregunto si quiero pertenecer o no a este movimiento social. No obstante, es un desacierto establecer que sólo nosotras nos movilizamos por la emoción. Todas las generaciones están motivadas por una amalgama de decisiones, no todas racionales ni absolutamente afectivas.

Este balance del libro está acompañado de un deseo de construir conversaciones intergeneracionales. El ejercicio de reflexionar por tres años me motiva a buscar que otras feministas que han abierto y construido plataformas, como ha sido Marta Lamas, nos señalen nuestras áreas de oportunidad. Pero también busco conversaciones profundamente afectivas. Una mesa en el que todas y todes podamos ser estratégicas a la vez de ser vulnerables y emotivas.

Referencias bibliográficas

Brown, W. (2019). *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West*. Columbia University.

Revista Punto Género N.º 20, diciembre de 2023

ISSN 2735-7473 / 275-285

<https://doi.org/10.5354/2735-7473.2023.73469>

Guerrero Mc Manus, S., y Stone Neuhouser, J. (2023). Gender critical feminism in Mexico:

Origins, particularities, attributes. *DiGeSt Journal of Diversity and Gender Studies*, 10(2),

119-123. <https://doi.org/10.21825/digest.89999>

Hardt, M., y Negri, A. (2000). *Empire*. Harvard University Press.

Lamas, M. (2021). *Dolor y política. Sentir, pensar y hablar desde el feminismo*. Océano.

MacKinnon, C. (1982). Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory. *Signs*,

7(3), 515-544. <http://www.jstor.org/stable/3173853>

Motte, K. (2016, mayo 3). Una perspectiva histórica de la #PrimaveraVioleta. *Animal Político*. 3

de mayo. <https://www.animalpolitico.com/analisis/organizaciones/intersecciones/una-perspectiva-historica-de-la-primaveravioleta>

Nahon, K., y Hemsley, J. (2012). *Going Viral*. Polity Press.

Nussbaum, M. (2016). *Anger and Forgiveness. Resentment, Generosity, Justice*. Oxford

University Press.

Srinivasan, A. (2018). The Aptness of Anger. *The Journal of Political Philosophy*, 26(2), 123-144.

<https://doi.org/10.1111/jopp.12130>